

# Artículos

## Ser jesuita hoy en El Salvador

Rodolfo Cardenal

*Después del asesinato de los seis jesuitas de la UCA y de sus dos colaboradoras, algunas personas se han preguntado qué es la Compañía de Jesús y qué es ser jesuita. El P. Juan Ramón Moreno decía a sus novicios a comienzos de la década de 1970 que la Compañía de Jesús es, sencillamente, lo que son sus miembros. Ser jesuita hoy es ser como fueron los padres Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín-Baró, Segundo Montes, Amando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López y López. Su sangre fue derramada junto con la sangre de Elba y Celina, dos mujeres del pueblo salvadoreño. Y eso es la Compañía de Jesús en la actualidad.*

*El propósito de estas páginas es explicar qué es ser jesuita y qué es la Compañía de Jesús en la actualidad, en El Salvador, contando las vidas de nuestros seis compañeros y de sus dos colaboradoras. Es un contar primero para comenzar a descubrir quiénes fueron ellos y para comenzar a recordar. En este sentido, damos continuidad a la tradición cristiana que desde sus comienzos ha considerado un deber recordar las vidas de sus mártires.*

### 1. El P. Ignacio Ellacuría (1930-1989)

Nació en Portugalete (Vizcaya), el 9 de noviembre de 1930. Sus primeros estudios los hizo en Portugalete entre 1934 y 1940. En ese año fue al colegio de los jesuitas de Tudela, donde terminó su secundaria en 1947. A los 17 años entró en el noviciado de la Compañía de Jesús de Loyola, el 14 de septiembre de 1947 y un año después, en 1948, fue enviado por sus superiores a El Salvador para terminar su noviciado en el nuevo noviciado de Santa Tecla. En ese año se acababa de fundar el noviciado para Centroamérica, junto a la residen-

cia de la Iglesia del Carmen, en Santa Tecla, bajo la dirección del P. Miguel Elizondo, quien también fue enviado desde Loyola para ser maestro de novicios. El P. Ellacuría siempre reconoció que los fundamentos de su espiritualidad habían sido puestos por el P. Elizondo, a quien siempre admiró con un cariño especial. El fue su primer gran maestro.

Después de hacer sus primeros votos de pobreza, obediencia y castidad en septiembre de

1949, salió para Quito, donde estudió humanidades clásicas durante dos años en la Universidad Católica. En Quito se encontró con su segundo gran maestro, el P. Aurelio Espinoza Polit. Se entusiasmó tanto que el P. Espinoza que a sus compañeros jesuitas recién llegados a Quito les insistía en largas conversaciones que no despreciaran la oportunidad de estar en contacto con un gran hombre. Les pedía entregarse a él con confianza, pues la formación les vendría por el simple contacto.

En un artículo, publicado en la *Revista Estudios Centroamericanos (ECA)*, en 1963 (p. 21-24), el P. Ellacuría cuenta lo que más le impresionó de aquel gran humanista ecuatoriano: la combinación de trabajo intelectual serio y eficacia pública inmediata; el haber preferido la educación a la erudición y las formas vitales a los contenidos materiales; y la creatividad de sus clases, en las cuales no usaba esquemas hechos, mostrando el qué, el por qué y el hacerse de las cosas. Sus clases eran una experiencia de creatividad viva y el hallazgo imprevisto. Curiosamente, el P. Ellacuría tenía todo esto. En sus clases, le gustaba insistir en que lo importante era aprender a pensar y a buscar los datos necesarios. Enseñaba a aprender de la realidad. Los libros sólo eran un instrumento útil que estaba a mano. Su método preferido era poner a sus alumnos en contacto directos con los grandes autores del pensamiento, aunque fueran incomprendibles. Para él, lo importante era pasar por la experiencia filosófica directa, encarando los grandes textos de la filosofía. No le preocupaba cubrir los programas ni llenar de contenido a sus oyentes. Se burlaba de quienes acababan sus programas y de aquellos a quienes se les terminaba la materia. Para él esto era inconcebible. Al igual que el P. Aurelio Espinoza, superaba el texto que le servía de punto de partida y cuando se le advertía que se había salido del tema no lo admitía. Respondía que todo estaba relacionado por ser realidad. Nada quedaba fuera y siempre hubo un más que nunca tuvo tiempo de explicar. Terminaban los ciclos, pero sus clases quedaban como en suspenso porque no había podido terminar. Por esto valoraba

mucho la capacidad intelectual de las personas, hasta el punto de discriminar a los menos inteligentes. Con los primeros era muy exigente y perfeccionista y nunca estaba satisfecho.

El P. Ellacuría gustaba recordar cómo el P. Aurelio Espinoza le dijo al despedirse en Quito que fundara en San Salvador una gran biblioteca donde estuviera todo lo relacionado con el país, tal como lo había hecho él con la Biblioteca Ecuatoriana. Por eso, en la biblioteca de la UCA quería que estuviera todo lo relacionado con El Salvador. Asimismo, el Centro Universitario de Documentación y Apoyo a la Investigación debían estar todos los documentos producidos en el país o referidos a él. Hubiera querido completar ambos centros con una pinacoteca salvadoreña.

Estando en Quito se encontró con otra gran personalidad que le impactó mucho: el P. Angel Martínez, uno de los poetas más importantes de Nicaragua, también jesuita y navarro. Desde su primer encuentro, el P. Ellacuría supo descubrir y admirar el genio poético del P. Angel. Desde entonces se escribieron durante algunos años. El P. Angel le mandó algunos de sus originales para que se los criticara. El P. Ellacuría guardaba con cariño esas cartas y los manuscritos del P. Angel. Escribió dos artículos sobre su poesía, uno de ellos está escrito a mano e inédito; el segundo lo publicó en la *Revista Cultura* del Ministerio de Educación de El Salvador en 1957 y es un gran artículo sobre el P. Angel Martínez "poeta esencial." Al hablar de este tema decía que le gustaría tener tiempo para profundizar sobre la dimensión estética de la realidad.

Después de las humanidades clásicas, el P. Ellacuría estudió filosofía en la misma Universidad Católica de Quito, obteniendo su licencia, civil y eclesiástica, en 1955. Entonces, sus superiores lo enviaron a trabajar al Seminario San José de la Montaña. Enseñó filosofía escolástica en latín, pero también comenzó a enseñar las corrientes modernas existencialistas. Además de enseñar, le tocaba cuidar a los seminaristas, quienes estaban internos en el seminario todo el año. Explicaba que

el mayor problema era entretenerlos durante los fines de semana. Para que no se aburrieran, organizaban excursiones a pie al volcán, al lago de Ilopango o a la piscina del Colegio Externado. Con orgullo recordaba cómo logró establecer una pequeña biblioteca de clásicos para que los seminaristas no leyeran sólo literatura barata. Como no había dinero para comprar libros, convenció a los seminaristas para ahorrar unos cuantos centavos del dinero que les daban para comer los días de excursión. De esta manera pudo comprar los libros. De ese entonces son sus primeros artículos en *ECA* sobre temas filosóficos de actualidad (Ortega y Gasset, los valores y el derecho). Los padres mayores del seminario lo oían con admiración y callaban.

En 1958 volvió a ser estudiante, esta vez, en Innsbruck (Austria), donde estudió teología hasta 1962. Nunca tuvo mucho aprecio por esta etapa de su formación, exceptuando el impacto que le causó su tercer gran maestro, el P. Karl Rahner. Decía que este teólogo valía la pena sólo por oír a Rahner. Riéndose recordaba cómo tuvo que defender ante los superiores al equipo de fútbol del teólogo, pues estando a punto de ganar un campeonato universitario aquéllos querían que dejara de jugar en público porque lo consideraban poco acorde con la vida religiosa. En su cuarto se reunían los estudiantes hispanoparlantes, descontentos por las estructuras preconciariates del teólogo. Fue ordenado sacerdote en Innsbruck el 26 de julio de 1961 e hizo profesión solemne en la Compañía de Jesús en Portugalete, el 2 de febrero de 1965.

En 1962 comenzó sus estudios de doctorado en filosofía en la Universidad Complutense, en Madrid. No estaba satisfecho con los profesores que tenía. No eran personalidades que lo llenaran. Comenzó a buscar y se encontró con su último gran maestro y amigo, Xavier Zubiri. Con él hizo su tesis doctoral sobre la inteligencia y se hicieron amigos. Desde entonces, Zubiri se acostumbró a discutir con él todas sus ideas. Zubiri ya no publicó nada ni dio conferencia alguna que antes no hubiera discutido con el P. Ellacuría. En su



archivo se han encontrado apuntes de estas conversaciones con Zubiri. Al morir éste en 1983, el P. Ellacuría quedó como heredero intelectual de su obra y como director del Seminario Xavier Zubiri con sede en Madrid.

El P. Ellacuría fue un gran filósofo, pero quizás fue más teólogo que filósofo. De hecho hizo los cursos de doctorado en teología en la Universidad de Comillas en 1965, pero nunca hizo la tesis. A veces decía que le gustaría escribirla sobre Dios. El primer escrito suyo que causó gran impacto en la conciencia nacional no fue uno de filosofía, sino de teología. El texto, *Teología política*, publicado por el Secretariado Social del Arzobispado de San Salvador en 1973, pronto fue traducido al inglés (1976) y al chino. Su último gran escrito fue también sobre teología, "Utopía y profetismo en América Latina" (ver *Revista Latinoamericana de Teología*, 1989, 17, p. 141). Probablemente este es uno de sus textos teológicos más profundos. De hecho, decía que en América Latina era más urgente la teología que la filosofía porque era más

eficaz. En su larga bibliografía predominan con mucho los artículos teológicos y sus únicos libros publicados (que no son muchos) también son de teología. Sin embargo, dejó un manuscrito casi terminado sobre filosofía de la historia, el cual será publicado próximamente por UCA Editores. En este libro discute uno de los temas filosóficos que más le apasionaron, quién es el sujeto de la historia, si es que la historia tiene algún sujeto; es decir, en definitiva, quién mueve la historia.

También fue profesor de teología. Enseñó teología en cursos nocturnos y en los fines de semana en los llamados cursos de teología para seculares organizados por él mismo a principios de la década de 1970. A estos cursos asistían centenares de miembros de las comunidades de base, de profesionales y de estudiantes. Después pensó y organizó la maestría en teología, en cuyo programa siempre se reservó uno de los cursos más importantes. Después vino el siguiente paso, el profesorado en ciencias religiosas y morales destinado a preparar profesores de religión y a elevar el nivel de los cristianos más comprometidos. En 1984, junto con el P. Jon Sobrino, lanzó la *Revista Latinoamericana de Teología*.

Terminados sus estudios de filosofía en 1967, regresó a San Salvador y comenzó a enseñar filosofía en la UCA, fundada hacía tres años. Al año siguiente lo nombraron miembro de la junta de directores. Desde 1972 fue jefe del departamento de filosofía. En 1974 fundó el Centro de Reflexión Teológica y fue su primer director. Desde 1976 fue director de la *Revista Estudios Centroamericanos* y desde 1979 fue rector de la UCA y vicerrector de proyección social. Dio cursos, seminarios y conferencias en Madrid, Barcelona, Santander, Deusto, Santiago de Compostela, Sevilla, Frankfurt, Berlín, San José de Costa Rica, Quito, Guatemala, México, Woodstock Theological Center (Estados Unidos), Washington, etc.

En 1970 y durante tres años, sus superiores le encargaron la dirección de la formación de los jóvenes jesuitas a quienes les transmitió su pasión intelectual y su celo apostólico y deportivo. Insistió que un jesuita debía estar bien formado para poder

responder a los retos de la historia. Era exigente en la calidad y seriedad de los estudios. Promovió y apoyó nuevas experiencias comunitarias y apostólicas para los estudiantes, entre ellas la de Aguilares. En esto también era muy exigente, las experiencias debían hacerse bien, con seriedad y profundidad. Trajo todas las fases de la formación jesuítica a Centroamérica. Fue consultor de varios provinciales y autor de varios documentos internos de la provincia centroamericana donde se planteó la opción por la liberación y la opción preferencial por los pobres.

Dentro de la provincia centroamericana, el P. Ellacuría fue un gran líder. A su alrededor aglutinó a los jesuitas jóvenes, potenció sus cualidades y dio cauce a sus inquietudes. Estando aún en Madrid, haciendo los cursos de doctorado, apoyó a los estudiantes de teología de la Universidad de Comillas, quienes se rebelaron contra las estructuras preconciarias de la facultad. El apoyó la huelga estudiantil y ofreció clases de teología alternativas. Desde 1969 fue uno de los representantes de la tendencia renovadora de la provincia. Su cargo de responsable de la formación lo llevó a Roma para defender sus planes y ahí se encontró con el P. Arrupe. Al comienzo discutieron, pero se hicieron amigos. A finales de la década de 1970, cuando dejó de ser encargado de los estudios, se alejó de los asuntos intra-jesuíticos y se dedicó casi exclusivamente a la universidad.

En las cosas de la Compañía de Jesús así como también en las de la UCA y en sus análisis políticos siempre tuvo un criterio muy propio de tal manera que su visión era absolutamente personal y original. Era tremendamente dialéctico. Por eso molestó por igual a los gobiernos de turno, a los militares, a la embajada norteamericana, a la oligarquía, y también al FMLN. Lo primero quizá no sorprenda, pero lo segundo era igualmente cierto. El no seguía línea de nadie, decía claramente lo que pensaba y no se plegaba más que ante los datos de la realidad. En efecto, sólo abandonaba sus posiciones cuando los argumentos opuestos eran completamente evidentes. Y aun

entonces planteaba una nueva postura, abordando los problemas desde otro ángulo. En sus planteamientos nunca faltaba el dato. Estaba al tanto de los avances científicos, de las estadísticas salvadoreñas y de la humanidad. Para convencerlo había que sustentar las afirmaciones con datos y si se tenían se lo podía convencer fácilmente. Cuando discutía o estaba molesto los ángulos de su cara se afilaban, en especial la nariz. La prioridad del dato lo llevó a fundar el Instituto Universitario de Opinión Pública. Solamente se podía hablar en nombre del pueblo cuantificando su opinión. En este punto le gustaba citar a Mao, quien dijo que quien no hacía encuestas que no hablara. En *ECA*, por ejemplo, quería que quedaran cuidadosamente registrados los hechos de cada mes en "la crónica del mes," así como las leyes principales en "Leyendo el Diario Oficial" y la documentación más relevante.

No precipitaba sus juicios, siempre esperaba el curso de las cosas antes de tomar una postura. Por ejemplo, se opuso a atacar de inmediato a los gobiernos de Duarte y Cristiani. Su postura fue que había que esperar, dar una oportunidad para ver si cumplían lo prometido en la campaña. Cuando Duarte no cumplió lo atacó fuertemente, desenmascarando su fachada democrática. Con el gobierno del presidente Cristiani le faltó tiempo. Cuando lo mataron estaba dando un curso en el cual estaba analizando críticamente sus escritos políticos de los últimos años. Después de hacer esta revisión, pensaba publicarlos todos juntos.

Personalmente era austero. De pocas cosas. Escrupuloso con el dinero. En vísperas de su asesinato se desprendió de casi todos sus libros; los fue regalando a la biblioteca de la UCA y a la del Centro de Reflexión Teológica. Cuando viajaba al exterior no se distraía en cosas ajenas al motivo principal de su viaje.

Gran deportista desde su juventud. Escaló los Andes. Jugó fútbol y siempre siguió muy de cerca la liga mayor española y a su equipo (el Atlético de Bilbao). En los mundiales de fútbol se escapaba de su oficina para ver los juegos. El frontón de los miércoles y sábados a mediodía era jugado re-

ligiosamente junto con los padres Martín-Baró, Montes y Amando López. Al igual que con las otras cosas de su interés, estaba bien enterado del acontecer deportivo europeo, norteamericano y centroamericano.

Su presencia en la UCA, como profesor y directivo se hizo sentir pronto, a finales de la década de 1960. Muy pronto concibió que la misión más importante de la universidad no era formar profesionales, sino el ser conciencia crítica de la sociedad. En esos años de finales de la década de 1960 luchó para abandonar los esquemas desarrollistas y optar por la liberación. Quiso poner la estructura universitaria al servicio de la liberación del pueblo salvadoreño. En un famoso discurso, escrito por él y leído por el P. José M. Gondra, quien representó a la UCA en Washington, al firmar el primer préstamo del BID en 1970, quedaron formalmente establecidos estos principios liberadores.

Una de sus primeras batallas fue la estructura física de la universidad, la cual debía estar de acuerdo con su misión. Se opuso a los planes de construir una universidad al estilo del primer mundo. Peleó para que los edificios de la UCA fueran funcionales, modestos, adecuados a la realidad del tercer mundo, pero no por eso menos hermosos y cómodos. El actual campus de la UCA le debe mucho a él.

La necesidad de proyectar eficazmente la universidad en la sociedad lo llevó a buscar un órgano para difundir la verdad investigada en la UCA y para denunciar las injusticias. Entonces hizo que la UCA asumiera la dirección de la revista *ECA*. El primer número de esta nueva época de *ECA* fue el último de 1969, dedicado a analizar las causas y consecuencias de la guerra con Honduras. En esta edición de la revista se desenmascararon las causas verdaderas del conflicto al demostrar que la raíz del problema estaba en la injusta tenencia de la tierra. Repitió esta denuncia en el congreso sobre reforma agraria organizados por la asamblea nacional en 1970. A partir de esta edición, *ECA* ha sido el principal y más constante órgano de difusión del pensamiento

crítico de la universidad y la cátedra más importante del P. Ellacuría. La larga lista de editoriales, artículos y comentarios políticos, filosóficos y culturales muestran su intensa actividad. Bajo su dirección, *ECA* se convirtió en la revista más autorizada sobre la realidad del país, la materia más importante de la universidad para él. Después promovió la publicación de revistas especializadas y la editorial. Para todo esto la UCA estableció su propia imprenta. En el momento de su muerte, la UCA tiene nueve revistas y una editorial, UCA Editores, reconocida como una de las mejores y más prestigiosas de Centroamérica. Pero con todo, no estaba satisfecho. Uno de sus últimos proyectos era contar con una radio universitaria para aumentar la proyección de la UCA. Cuando Mons. Romero fue arzobispo de San Salvador tuvo una pequeña experiencia con el

noticiero de la YSAX, en el cual se leían los comentarios escritos por él y por otros colaboradores de la UCA.

En 1974, siendo rector el Ing. Román Mayorga, la universidad optó claramente por la liberación, "el sentido último de la universidad y lo que es en su realidad total debe mensurarse desde el criterio de su incidencia en la realidad histórica, en la que se da y a la que sirve. Debe mensurarse, por tanto, desde un criterio político" correctamente entendido, escribió el P. Ellacuría en la presentación del número de *ECA* dedicado a celebrar los diez años de la UCA. Más adelante se lee, "en el proceso de liberación de los pueblos latinoamericanos, la universidad no puede hacerlo todo, pero lo que tiene que hacer es indispensable. Y si falla en este hacer ha fracasado como universidad y ha traicionado su misión histórica" (ver *ECA*, 1975, 324-325). Diez años más tarde, el P. Ellacuría, ya siendo rector de la UCA, ratificó y avanzó sobre estos principios fundamentales.

La UCA fue su vida y su pasión. En buena medida hizo de la UCA una universidad de renombre internacional, que no tiene nada que envidiar a ninguna otra universidad. Bajo su dirección, la UCA se convirtió en la mejor universidad de Centroamérica tanto por su elevado nivel académico como por su compromiso con la transformación de la realidad salvadoreña. Fiel a su vocación de buscar siempre el más no se contentó con estos logros. Creía que la UCA ya había dado de sí a nivel de licenciatura. Ahora quería dar otro paso más, el de las maestrías y los doctorados. De esta forma pensaba elevar el nivel académico de la educación superior y del país. Desde la rectoría había comenzado a promover los programas de maestría. A las de teología y administración de empresas quería añadir las de ingeniería, ciencias políticas y sociología, y



el doctorado en filosofía. En eso estaba trabajando académicamente cuando lo asesinaron. Sus últimos viajes tuvieron como objetivo buscar respaldo institucional y recursos humanos y materiales para esos programas de postgrado.

En este contexto estaba planificando la celebración de los 25 años de la UCA. Quería hacer de esta celebración un año para relanzar la actividad académica y de proyección social de la UCA. Quería que las unidades organizaran actividades para mostrar al país lo que era la realidad de la universidad, es decir, que la UCA no sólo era o hacía política. Quería mostrar de lo que la UCA era capaz universitariamente después de 25 años de existencia.

Con la transformación agraria de 1976, su figura comenzó a adquirir dimensión pública. A partir de este momento, el P. Ellacuría siempre estuvo presente en las grandes crisis del país con sus agudos y críticos análisis. La UCA apoyó el plan del gobierno del presidente Molina porque consideró que beneficiaría a las mayorías populares y atacó a la oligarquía terrateniente. Cuando el presidente Molina retrocedió y cedió ante la presión de aquella, el P. Ellacuría escribió un famoso editorial de *ECA* ("A sus órdenes mi capital," 1976, 337, p. 637-643), en el cual decía, "el gobierno ha cedido, el gobierno se ha sometido, el gobierno ha obedecido. Después de tantos aspavientos de previsión, de fuerza, de decisión, ha acabado diciendo, 'a sus órdenes mi capital'." Este editorial le costó a la UCA el subsidio del gobierno y cinco bombas, puestas por la llamada Unión Guerrera Blanca. Esta no fue la primera vez que la proyección social de la UCA molestaba al gobierno de turno. Antes hubo dos publicaciones, el estudio sobre la huelga de ANDES y el de las elecciones de 1972, que también le costaron el subsidio. Sin embargo, el presidente Molina fue quien le dio la nacionalización.

El P. Ellacuría salió del país en 1976, como lo hacía todos los años, para trabajar durante dos meses con Zubiri en Madrid. Estando fuera, ese año se inició la primera persecución religiosa con el asesinato del P. Rutilio Grande, el 12 de marzo

de 1977. En esos meses, la Unión Guerrera Blanca ordenó a todos los jesuitas salir del país, de lo contrario los asesinaría a todos. Ninguno salió, pero el P. Ellacuría no pudo regresar hasta agosto de 1978.

Un año después, la UCA y el mismo P. Ellacuría apoyaron el golpe de Estado de 1979 y la primera junta de gobierno. Después del fracaso de esta junta se desató la violencia. En marzo de 1980 cayó Mons. Romero. En una de las residencias universitarias y en la UCA estallaron varias bombas. La residencia universitaria fue dinamitada dos veces en menos de 48 horas. A finales de 1980, el P. Ellacuría salió del país bajo la protección de la embajada española porque le avisaron que en una reunión de comandantes se había discutido una lista de personalidades que serían asesinadas, y entre ellas estaba él. Estuvo varios meses en Madrid trabajando con Zubiri. Sin dejar de ser rector permaneció fuera hasta abril de 1982.

A raíz de la ofensiva de enero de 1981 del FMLN, el P. Ellacuría comenzó a madurar su intuición de lo que llamó la tercera fuerza, la cual, según él, no fue bien comprendida. Esta intuición se encuentra explicada por primera vez en el editorial de la *ECA* de agosto de 1981 (p. 741-752). Según esta idea, madurada y repetida más tarde, ni el gobierno ni los partidos políticos ni la Fuerza Armada ni el FMLN eran los mejores garantes de los intereses de las mayorías populares porque su prioridad era la toma del poder y los intereses partidarios. Esta prioridad no coincidía necesariamente con los intereses de las mayorías populares. Estas debían manifestarse por sí mismas y velar por su bienestar. Las otras fuerzas debían someterse a su parecer. El bien del país residía en el bien de las mayorías. Por lo tanto, el conflicto armado debía resolverse según estos intereses. Desde entonces vio claro que la vía militar no resolvería el problema de la injusticia estructural del país y comenzó a proponer audazmente que la única vía era el diálogo y la negociación. En los primeros años de la década, no fue fácil hablar de esto porque fue interpretado como traición a la patria.

Pero el P. Ellacuría mantuvo hasta el final que la única salida estaba en la negociación. Al regresar a San Salvador, el lunes 13 de noviembre, se encontró con la ofensiva del FMLN. Esto le molestó profundamente; más bien estaba enojado porque la ofensiva, en su opinión, traería más males que bienes. Dijo que el FMLN se había precipitado y que estaba derrochando las fuerzas que con tanto esfuerzo había acumulado en los últimos años. Repitió que la salida estaba en la mesa de negociación. Tampoco estaba muy contento con la forma cómo el FMLN había conducido la última reunión de Costa Rica. Ante la ofensiva y sus consecuencias, pensaba exigir al alto mando y al FMLN que se comprometieran a respetar la UCA como terreno neutral. Este podría ser un precedente muy importante para el país, pues se podría hacer los mismos con los templos, los hospitales, las escuelas, etc.

En octubre de 1985 dio otro paso en la vida pública cuando, pese a la mutua antipatía que existía entre él y el presidente Duarte, fungió como mediador, junto con Mons. Rivera, en el caso del secuestro de la hija de aquél. Después de largas horas de negociación, los dos mediadores consiguieron la libertad de la hija del presidente a cambio de la libertad de 22 presos políticos y de la salida del país de 101 lisiados de guerra.

En ese mismo año de 1985 fundó la Cátedra Universitaria de Realidad Nacional como un foro abierto para discutir en la UCA los problemas más graves del país. En ella hablaron políticos, sindicalistas, dirigentes populares y eclesiásticos. Sin embargo, cuando hablaba él sobre la situación del país y en particular sobre el diálogo el auditorio resultaba pequeño. Varias veces repitió que combatieran sus ideas con otras ideas y no con bombas ni con balas. En estas ocasiones el auditorio lo aplaudía y se reía satisfecho. La radio y la televisión llevaron su voz y su imagen fuera del ámbito universitario. Esta cátedra se convirtió en un acontecimiento al cual asistían periodistas, fotógrafos y hasta embajadores. Poco a poco se convirtió en una de las personalidades que había que visitar obligadamente en El Salvador. Le

llovieron las invitaciones a congresos y conferencias en el exterior. Lo entrevistaban las televisiones nacionales y extranjeras. A él le gustaba recibir a toda esta riada de visitantes porque aprendía, decía que era más lo que le contaban que lo que él les decía.

Cuando comenzaron los noticieros de la televisión, la cátedra perdió un poco de importancia. En esta cátedra explicó su pensamiento sobre la tercera fuerza en 1986, el cual elaboró después en un artículo de *ECA* (1986, p. 54-75). La tercera fuerza fue interpretada como tercerismo, es decir, como una solución que negaba la alternativa revolucionaria y, por tanto, como fachada del reformismo capitalista. Pero el P. Ellacuría mantuvo que la causa fundamental del conflicto era la injusticia estructural y que la solución económica por la que abogaría la tercera fuerza rompería con el esquema de explotación y opresión. Sólo así se superaría realmente la lucha de clases violenta.

Tomó en serio la propuesta del presidente Cristiani de reanudar el diálogo sin condiciones. Así lo expresó en un exhaustivo artículo de *ECA* (1989, 490-491, p. 683). En el editorial de esa edición escribió, "se va consolidando en el gobierno la línea civilista de Cristiani, frente a la línea militarista de D'Aubuisson y a la línea escuadronista de cabeza clandestina" (p. 633). En privado también hablaba de las tres tendencias de ARENA, pero añadiendo, por primera vez desde que volvió a El Salvador en 1982, "ahora sí puede pasar," es decir, que lo podían matar. En varias ocasiones dijo lo mismo a sus colaboradores más cercanos en la rectoría, sobre todo después que se corrió el rumor que lo habían matado a mediados de 1989. Cuando en tiempo de la presidencia de Duarte había nerviosismo y le advertían que se cuidara, respondía que no le harían nada porque la política norteamericana no lo permitiría. Pero con el triunfo de ARENA el freno era más débil, aunque tenía confianza en la apertura de la línea civilista.

El cateo del lunes 13 no lo interpretó como una amenaza grave, sino como una señal de seguridad. Cuando alguien se lo advirtió, respondió que no

había que ser paranoico. Como ya habían visto que no había nada ya no los molestarían más. Todavía le advirtió al oficial que dirigió el cateo que le costaría muy caro al gobierno lo que estaban haciendo. Cuando pidió hablar con el ministro de defensa o con el superior del oficial al mando del operativo, éste se lo negó tajantemente argumentando que cumplía órdenes superiores y que había estado de sitio. Pareciera que quiso demostrar que no debía nada. Escondarse podría haber sido interpretado como si hubiera hecho algo malo. No le gustó que los dirigentes de Convergencia Democrática se hubieran refugiado en las embajadas.

El P. Ellacuría valoró la importancia del pensamiento como orientador de la sociedad y estaba convencido de su eficacia transformadora. Cuando le cuestionaron ésto o la eficacia del trabajo universitario, con su pesada carga institucional y administrativa, respondía que lo que contaba era el largo plazo. La UCA estaba construyendo para el largo plazo y no había otra forma de hacerlo que dedicarse de lleno al tedioso trabajo institucional, asumiendo su tedio y su rutina. Más aún, estaba convencido que el trabajo intelectual tiene tantos riesgos como cualquier otro, si se pone del lado de los intereses de las mayorías populares.

La opción universitaria al servicio de los pobres estaba haciendo serios estragos en el P. Ellacuría. Llevaba tres años muy cansado. Atendía a todas las responsabilidades administrativas que había asumido en la UCA, daba clases, atendía a

los visitantes y las invitaciones del exterior, y, además, encontraba tiempo para escribir. En sus últimos años casi no revisaba lo que escribía, lo entregaba tal como salía de la máquina. Decía que si tuviera más tiempo lo haría mejor. Sabía perfectamente bien que, en este sentido, su rendimiento andaba entre el siete y el ocho. Su extraordinaria salud ya había comenzado a resentirse, teniendo que estar bajo control médico. Se había encerrado mucho en sí mismo. Se volvió callado y serio, casi hosco. Cuando se le pedía que descansara respondía que el pueblo no descansaba de la guerra ni de la crisis económica. Lo menos que podía hacer era seguir trabajando por su liberación y por la paz. No le importaba enfermarse y no poder llegar al final, pues en ese caso, también habría cumplido con su vocación.

No tuvo miedo. Decía que así como no tenía olfato tampoco sentía miedo. Su razón le decía que no le podían hacer nada porque eso no le convenía al gobierno ni a Estados Unidos. También pensó que estaba seguro con los cientos de efectivos de la Fuerza Armada alrededor de la UCA. Pero todo eso le falló.

En los últimos meses repitió mucho que aunque hubiesen algunas turbulencias en la superficie, el proceso, en la profundidad de su curso, seguía avanzando incontenible hacia la paz justa y duradera. Su muerte ya forma parte de esas turbulencias superficiales; su vida, entregada cotidianamente hasta los límites de la salud, ya forma parte del curso profundo del proceso de la vida que avanza irreversiblemente hacia el futuro.

## 2. El P. Ignacio Martín-Baró (1942-1989)

Nació el 7 de noviembre de 1942, en Valladolid. Entró en el noviciado de la Compañía de Jesús de Orduña, el 28 de septiembre de 1959. Después, sus superiores lo trasladaron al noviciado de Villagarcía y de ahí lo enviaron al de Centroamérica, donde hizo su segundo año de noviciado. A finales de septiembre de 1961, sus superiores lo enviaron a la Universidad Católica de Quito, donde estudió humanidades clásicas en

1961 y 1962. Después lo enviaron a Bogotá, donde estudió filosofía en la Universidad Javeriana. En 1964 obtuvo el bachillerato en filosofía y al año siguiente la licencia en filosofía y letras. En 1966 regresó a San Salvador. Sus superiores lo enviaron a enseñar al Colegio Externado, donde fue profesor e inspector hasta 1967, cuando comenzó a dar clases en la UCA. Volvió a salir en 1967 para estudiar teología en Frankfurt, Lovaina y San

Salvador, donde hizo su último año. En 1970 obtuvo el bachillerato en teología en Eegenhoven. Una vez terminada la teología comenzó sus estudios de psicología en la UCA, donde, además, era profesor. En 1975 obtuvo la licencia en esta materia. Entre 1972 y 1975 fue decano de estudiantes y miembro del Consejo Superior Universitario. Entre 1971 y 1974 fue jefe del consejo de redacción de *ECA* y en 1975 y 1976, fue su director. En 1971 y 1972 dio clases de psicología en la Escuela Nacional de Enfermería de Santa Ana.

A estas alturas hizo un nuevo paréntesis para estudiar un postgrado en psicología en Estados Unidos. En 1977 obtuvo la maestría en ciencias sociales en la Universidad de Chicago y dos años más tarde, en 1979, el doctorado en psicología social y organizativa en la misma universidad. En la tesis de maestría escribió sobre las actitudes sociales y los conflictos grupales en El Salvador y en la de doctorado, sobre la densidad poblacional en las clases bajas salvadoreñas. Terminados sus estudios regresó a San Salvador y a la UCA, donde reanudó sus clases de psicología. Desde 1981 fue vicerrector académico y miembro de la junta de directores. En 1989, al dividirse en dos esa vicerrectoría, se convirtió en vicerrector de postgrado y director de investigaciones. En 1982 asumió la dirección del departamento de psicología. En 1986 fundó y dirigió el Instituto Universitario de Opinión Pública. Además fue miembro del consejo editorial de UCA Editores y de los consejos de redacción de las revistas *ECA*, de la *Revista de Psicología de El Salvador* y de *Polemica* (Costa Rica). Fue profesor invitado de la Universidad Central de Venezuela, de la Universidad de Zulia (Maracaibo), de la Universidad de Puerto Rico (recinto Río Piedras), de la Universidad Javeriana de Bogotá, de la Universidad Complutense de Madrid y de la Universidad de Costa Rica. Pertenecía a la *American Psychological Association* y de la Sociedad de Psicología de El Salvador; era vicepresidente para México, Centroamérica y el Caribe de la Sociedad Interamericana de Psicología.

La vida del P. Ignacio Martín-Baró puede ser descrita brevemente diciendo que fue escritor, maestro, universitario y pastor. Como escritor tenía una pluma fácil y un lenguaje exquisito. Cultivaba mucho la lengua castellana. Sus comentarios eran agudos. Sus primeros artículos aparecieron en *ECA* en 1966. Publicó once libros y una larga lista de artículos, científicos y culturales, en diversas revistas latinoamericanas y norteamericanas. Siempre tenía seis o siete artículos pendientes. A quienes le pedían contribuciones les respondía que lo esperaran, pues le costaba negarse. Era feliz escribiendo directamente en la computadora y perfeccionando gráficos. Gozaba cuando descubría que podía hacer algo nuevo en la computadora o cuando le instalaban un nuevo programa. Cuidó mucho sus propias publicaciones y las de otros, cuando éstas estuvieron bajo su responsabilidad, como cuando fue jefe de redacción de *ECA* o las de la *Revista de Psicología de El Salvador*. Corregía las pruebas personalmente y difícilmente se le escapaban las erratas y cuidaba en extremo las referencias bibliográficas de sus escritos.

El P. Ignacio Martín-Baró fue un gran maestro. La docencia ocupó una gran parte de su vida y formó a muchas generaciones de psicólogos. Comenzó a interesarse en la psicología en Bogotá, donde devoró libros de psicología por su cuenta; buscó la asesoría de algunos de los mejores profesores de psicología de la Universidad Javeriana. Muy pronto se interesó en la psicología social y de sus primeras clases salió su primer libro en 1972, *Psicodiagnóstico de América Latina*. Después siguieron otros textos universitarios, en los cuales integró la psicología social tradicional en el contexto de guerra civil salvadoreña. El P. Martín-Baró insistió en que la psicología debía enfrentar los problemas nacionales y que debía ser desarrollada desde las condiciones sociales y las aspiraciones históricas de las mayorías populares. Creía que los estudiantes debían aprender a analizar el comportamiento humano en su propio contexto. En sus clases y escritos rechazó la postura cómoda, pero falsa, de una psicología

totalmente imparcial; en su lugar enseñó una psicología comprometida críticamente con los diferentes proyectos alternativos de sociedad existentes en América Latina. Tuvo una reconocida habilidad para integrar diversas teorías y para cuestionar creencias establecidas. Estaba convencido del papel desideologizador de la psicología social y por eso cuestionó los principales modelos teóricos de la psicología, a los cuales consideraba inadecuados para enfrentar las situaciones de violencia colectiva prevalecientes en El Salvador. Fue un profesor agudo, capaz de relacionar conceptos aparentemente contradictorios. Creía que había un orden en el universo que los psicólogos y los científicos sociales podían descubrir eventualmente.

Como profesor siempre se preocupó por pro-

porcionar a sus alumnos una visión del mundo objetiva y amplia. Con frecuencia afirmaba la necesidad de universalizar la psicología y de informar a los psicólogos de realidades diferentes a las suyas. Consecuente consigo mismo, al regresar de sus viajes compartía con sus alumnos lo que había observado, hablado y aprendido. Relacionaba lo que había observado fuera con la realidad salvadoreña, por ejemplo, el no haber visto niños en las calles en determinadas horas del día porque todos estaban en la escuela, mientras que en El Salvador se pueden ver niños en las calles durante todo el día. En sus contactos personales con otros colegas siempre estaba haciendo sugerencias útiles, les enviaba materiales, les ofrecía ayuda y les insistía en publicar sus trabajos más importantes. En este sentido creía que las asociaciones



profesionales de psicólogos debían promover redes de comunicación y cooperación docente, de investigación y de práctica profesional alrededor del mundo para promover una psicología relevante y sensible a las necesidades de las mayorías.

Sus estudiantes lo recuerdan como muy exigente, en especial en los exámenes, en éstos no permitía que los estudiantes se volvieran a ver. Obligaba a leer a distintos autores, a investigar y participar en clase. Sus primeros alumnos lo recuerdan como amigo de dar y recibir bromas, pues los más recientes no supieron de esta veta del P. Martín-Baró, ya demasiado serio y grave por las responsabilidades que tenía y por la situación del país. Algunos de los primeros recuerdan, por ejemplo, que durante la clase tomaba los lápices y bolígrafos de los alumnos y los iba repartiendo desordenadamente; al terminar la clase, los alumnos debían averiguar el paradero de sus lápices y bolígrafos entre sus compañeros de aula.

El P. Martín-Baró era maestro de muchos rituales. Llegaba a clase con un paraguas tipo inglés y un elegante maletín, del cual sacaba solemnemente el texto de clase *Acción e ideología*. Todos los viernes se despedía invariablemente con un "mis estimados estudiantes tengan todos ustedes un feliz fin de semana." En los festivales estudiantiles de psicología era de los primeros en soltar sus sonoras carcajadas y en ponerse rojo hasta las orejas, sobre todo cuando llegaba el momento de imitar a los profesores. En dos festivales cantó la misma canción, "Usted no es na, ni chicha ni limoná." Pese a sus exigencias y su gravedad fue padrino de muchas promociones, cuyos recuerdos fotográficos colgaban meticulosamente enmarcados en su oficina. Recibía muchas invitaciones para dictar conferencias y para dar cursos y seminarios. Sus libros están siendo utilizados como texto en las universidades de Puerto Rico, México y Venezuela.

En 1986, como una proyección de la psicología social, emprendió con gran entusiasmo la fundación del Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) y comenzó a trabajar compulsando la opinión pública sobre los procesos y problemas

importantes. Concibió los resultados de las encuestas como un espejo que podía reflejar en la misma opinión pública una imagen más exacta de las complejidades de la sociedad salvadoreña. Quería que el IUDOP canalizara la expresión del sentir de los salvadoreños sin filtros ni mediaciones partidistas. De esta forma, el IUDOP se convirtió en una fuente de información veraz, válida y fiable sobre la opinión pública. El P. Martín-Baró dirigió 25 encuestas en los tres años que dirigió el IUDOP. Los temas sobre los cuales preguntaba iban desde la salud y el empleo, hasta la democracia y la guerra y la paz. El IUDOP fue el que más exactamente proyectó el resultado de las elecciones legislativas de 1988 y presidenciales de 1989. Esta última fue su prueba de fuego. Los resultados de las primeras encuestas daban que ganaría ARENA. La democracia cristiana lo atacó y quiso desprestigiarlo; lo mismo hicieron otros medios de comunicación. Las encuestas previas a las elecciones confirmaron y precisaron las primeras proyecciones. Al final, la realidad le dio la razón.

Al preguntar por las raíces de la guerra, fue objeto de fuertes críticas y a veces de la ira de la extrema derecha salvadoreña. Cuando el IUDOP encontró niveles muy bajos de identificación partidaria, disgustó a muchos políticos nacionales. Cuando dio a conocer los resultados de la encuesta sobre el Debate Nacional, mostrando un fuerte apoyo popular para el diálogo y la negociación, un periódico matutino lanzó un furioso ataque contra el IUDOP.

El P. Martín-Baró era sumamente cauteloso con los resultados de las encuestas. Nunca los sensacionalizó ni puso en peligro a los encuestados ni a los encuestadores. Reclutó y entrenó un equipo de supervisores de campo y de encuestadores influenciados por sus ideales y principios, y por su pasión para registrar la respuesta de cada uno de los estratos sociales. Los encuestadores con frecuencia eran regresados por retenes militares y a veces fueron detenidos por subversivos. En la última encuesta que hizo se perdieron varios centenares de encuestas cuando cuatro hombres

armados secuestraron el vehículo del IUDOP. Los informes de los resultados de las encuestas los editaba personalmente con gran cuidado; sus ediciones son un ejemplo de nitidez y buen gusto. Los resultados de las principales encuestas hechas en 1987 y 1988 han sido publicados por UCA Editores en dos tomos preparados por él. Cuando lo mataron estaba negociando un acuerdo para dar a conocer semanalmente por televisión los resultados de las encuestas del IUDOP.

Hasta ahora ha sido el único en dar a conocer completamente su método y la tasa de rechazo en cada encuesta en el país. El obstáculo más grande que encontró fue el miedo generalizado. "La gente oculta sus sentimientos políticos reales, incluso en su propia casa," reconoció. Y luego añadió que no había ningún lugar seguro para expresar lo que uno piensa, ni siquiera en la oficina del psicólogo, lo cual imposibilita la práctica de la terapia. El paciente, explicaba, no se fía hasta no estar seguro de las ideas políticas del terapeuta.

En 1988, el P. Martín-Baró y otros colegas de Centroamérica, México y Estados Unidos establecieron el Programa Centroamericano de Opinión Pública para unir a los institutos universitarios de opinión pública. El P. Martín-Baró estaba preocupado por los abusos de las encuestas de opinión pública por parte de los gobiernos y de ciertas firmas comerciales; bajo su dirección el Programa Centroamericano de Opinión Pública desarrolló un código profesional de prácticas y éticas para guiar a los encuestadores centroamericanos. En los últimos meses de su vida dirigió la preparación de informes del estudio político más grande de Centroamérica, el cual consiste de cuatro mil entrevistas en profundidad hechas en El Salvador, Costa Rica y Nicaragua. Estaba organizando, además, una comisión internacional de académicos para monitorear y evaluar todas las encuestas pre-electorales de Nicaragua.

El P. Ignacio Martín-Baró fue un universitario a quien la UCA debe mucho. Siempre tuvo cargos administrativos. Unos más pesados que otros. En los últimos tres años se quejó bastante de la rutina administrativa y en varias ocasiones, probable-

mente cuando se sentía más hastiado, amenazaba con renunciar. Al final se quedó en la vicerrectoría porque no era fácil sustituirlo. De él dependía, en parte, la calidad académica de la universidad, pues supervisaba las contrataciones de los profesores y su rendimiento. Bajo su vicerrectoría estaban, además, la biblioteca, el centro de cómputo y las investigaciones de la universidad. Desde hacía cuatro o cinco años, cuando observó que algunos profesores no cumplían con sus horarios, decidió ir a menudo a los módulos de aquéllos. Los profesores lo llamaban "policía" y él lo sabía, pero más le molestaba la falta de seriedad en los compromisos adquiridos por aquéllos. Habló con algunos de ellos; a otros les envió notas con observaciones. En estas ocasiones era prudente y considerado e hizo lo posible por mantener buenas relaciones.

Su atención hacia las personas era admirable. En cuanto sabía que alguien estaba cumpliendo años, lo llamaba para felicitarlo y si podía iba a su oficina para darle un abrazo. Lo mismo hacía si fallecía algún pariente de un empleado de la universidad. Recibía a muchos visitantes extranjeros interesados en conocer la realidad del país y el papel de la universidad en el proceso salvadoreño. Los periodistas lo asediaban pidiéndole entrevistas, las cuales aumentaron en los últimos tres años con el IUDOP. El P. Martín-Baró tenía muchísimas amistades en todos lados. A su secretaria le pidió elaborar una lista de todos sus conocidos por países y cada vez que salía al exterior llevaba una lista de todos sus conocidos en los lugares que visitaría. Regresaba de sus viajes lleno de fotografías.

El P. Martín-Baró era una persona muy ordenada. Su oficina estaba llena de libros, folders y papeles, pero sabía dónde encontrar cada cosa. Le molestaba tener su escritorio lleno de papeles y con frecuencia trataba de limpiarlo. Una de las cosas que más cuidaba eran sus libros; su oficina estaba llena de ellos. Cuando decidió ampliarla, mandó a hacer nuevos estantes que llenó de inmediato con libros. Prácticamente mandaba a encuadernar todo lo que caía en sus manos. En la

comunidad le hacían bastante bromas sobre esto, pero él respondía diciendo que era la mejor forma de preservar las revistas y cuando él faltara, toda su biblioteca pasaría a la biblioteca de la universidad. Por lo tanto, él estaba ahorrando trabajo y tiempo.

Era un trabajador polifacético y superdotado. Tenía tiempo para hacer todas estas cosas porque era el primero en llegar a su oficina. A las cinco y media de la mañana ya estaba trabajando. A medio día interrumpía su trabajo, pero a las dos de la tarde volvía a su oficina. Regresaba a su casa después de dar una última clase, a las ocho de la noche. Este ritmo de trabajo fue haciendo estragos en su salud, como es natural. Padeció de dolores en la espalda y en un brazo, el cual le fue intervenido quirúrgicamente. Ninguno de estos malestares interrumpió su trabajo. Se levantaba de su escritorio para hacer unos cuantos ejercicios y seguía trabajando. Poco antes de que lo asesinaran tuvo una neumonía que al principio no cuidó bien hasta que el médico y el superior le ordenaron quedarse en la cama. En los últimos tres años se quejó bastante de cansancio. Había decidido aceptar más invitaciones para salir al exterior, tomando así alguna distancia y descansar un poco de la rutina universitaria.

Finalmente, el P. Ignacio Martín-Baró fue también un pastor. Atendió sacerdotalmente la colonia Zacamil y la parroquia de Jayaque. A comienzos de la década, cuando no hubo quien atendiera sacerdotalmente la colonia Zacamil, él se ofreció y estuvo prestando sus servicios los fines de semana. Dejó la colonia cuando consiguieron sacerdotes que la atenderían a tiempo completo. Entonces buscó trabajo en la parroquia de Jayaque. Comenzó atendiendo un cantón los fines de semana, pero acabó responsable de la parroquia durante el último año.

Entre la gente sencilla se transformaba. Se volvía alegre, reía mucho y se mostraba muy cariñoso, sobre todo con los niños. Alegraba las

reuniones y las fiestas con su guitarra y su voz. Siempre llevaba dulces para los niños y jugaba con ellos. Buscó una imagen de la virgen para una ermita, material de construcción para un puente... En sus clases de la UCA pedía cosas para la parroquia —dulces, galletas, e incluso un altar. Los adultos lo buscaban para conversar. El dinero que recibía por sus actividades en el extranjero lo usaba para comprar cosas para la comunidad parroquial (pintura, madera, clavos, etc.); asimismo, con ese dinero ayudaba a mucha gente. Organizó cursillos y paseos con los miembros de su parroquia. Cuando estuvo enfermo de neumonía, mucha gente de Jayaque lo visitó en su casa y en la oficina; en esa ocasión le trajeron tamales, guineos, verduras, atole, etc. La gente de Jayaque recuerda su última homilía, en la cual, dicen, estuvo muy lúcido, como si previera lo que iba a pasar. Todavía se oye su último grito, “¡Esto es una injusticia, son ustedes una carroña!”

En uno de sus últimos escritos, el P. Martín-Baró describió cómo sería manejado su propio asesinato, “ante todo se trata de crear una versión oficial de los hechos, una ‘historia oficial,’ que ignora aspectos cruciales de la realidad, distorsiona otros e incluso falsea o inventa otros. Esta historia oficial se impone a través de un despliegue propagandístico intenso y muy agresivo, al que se repalda incluso poniendo en juego todo el peso de los más altos cargos oficiales... Cuando, por cualquier circunstancia, aparecen a la luz pública hechos que contradicen frontalmente la ‘historia oficial,’ se tiende alrededor de ellos un ‘cordón sanitario’... que los relega a un rápido olvido... La expresión pública de la realidad... y, sobre todo, el desenmascaramiento de la historia oficial... son consideradas actividades ‘subversivas’ —y en realidad lo son, ya que subvierten el orden de mentira establecido. Se llega así a la paradoja de que quien se atreve a nombrar la realidad o a denunciar los atropellos se convierte por lo menos en reo de la justicia.”

### 3. El P. Segundo Montes (1933-1989)

El P. Segundo Montes también nació en Valladolid, el 15 de mayo de 1933. Ahí mismo hizo sus primeros estudios y la secundaria, entre 1936 y 1950. El 21 de agosto de 1950 entró en el noviciado de la Compañía de Jesús de Orduña. Ahí hizo su primer año, pues el segundo lo hizo ya en el noviciado de Santa Tecla en 1951 y fue uno de los primeros jesuitas en adoptar la nacionalidad salvadoreña en 1970, de la cual se sentía muy orgulloso. En 1952, sus superiores lo enviaron a la Universidad Católica de Quito a estudiar humanidades clásicas, obteniendo la licenciatura dos años después. En 1954 ahí mismo comenzó los estudios de filosofía, licenciándose en 1957. Comenzó sus estudios de teología en Oña en 1960, donde estuvo sólo un año; después fue a Innsbruck, donde sacó la licenciatura en 1964. Fue ordenado sacerdote en Innsbruck, el 25 de julio de 1963 e hizo profesión solemne en la Compañía de Jesús en San Salvador, el 2 de febrero de 1968.

La vida del P. Segundo Montes transcurrió entre el Colegio Externado y la UCA. En el colegio estuvo dos temporadas, la primera entre 1957 y 1960 y la segunda entre 1966 y 1976. Al terminar sus estudios en Quito, sus superiores lo enviaron a trabajar al Colegio Externado, donde enseñó física y durante años fue el responsable de los laboratorios del colegio. Luego fue prefecto de disciplina y director administrativo y, entre 1973 y 1976, rector, precisamente, cuando el colegio pasaba por una profunda crisis de identidad y de organización. La crisis no lo asustó, y con su fuerte personalidad y gran energía dirigió el colegio en aquellos años de cambio. Sus largos años en el Colegio Externado hicieron muy popular al P. Segundo Montes entre los ex alumnos. Dondequiera que fuera encontraba conocidos. Casó a muchos de ellos, bautizó a sus hijos y oyó sus problemas matrimoniales. Después se le fueron alejando, cuando la crisis del país fue polarizando la sociedad. Sin embargo, durante muchos años nadie lo acusó ni lo atacó en los panfletos y campos pagados. Sólo al final de su vida comenzó a aparecer su nombre en la lista de los jesuitas

atacados por ser responsables de la violencia del país, por dirigir al FMLN, por servirle de fachada, etc. Su nombre era el tercero, después del de los padres Ellacuría y Martín-Baró.

Las exigencias de la UCA lo fueron sacando del Colegio Externado. Además de ser profesores de visiones científicas y sociología, fue decano de la facultad de Ciencias del Hombre y de la Naturaleza entre 1970 y 1976. Para prepararse mejor decidió ir a estudiar a Madrid ya en su madurez. En 1978 obtuvo el título de doctor en antropología social en la Universidad Complutense. Escribió su tesis sobre las relaciones de compadrazgo en El Salvador. Los datos los sacó de largas entrevistas que hizo los fines de semana en la zona occidental del país.

Regresó a San Salvador oxigenado y desbordando energía. Reanudó sus clases de sociología y desde 1980 fue jefe del departamento de Ciencias políticas y sociología. Entre 1978 y 1982 fue jefe de redacción de *ECA*. Durante muchos años fue el responsable de la "Crónica del mes" de la revista. Fue miembro del consejo de redacción del *Boletín de Ciencias Económicas y Sociales* y de la *Revista Realidad Económico Social*. Era asiduo colaborador de todas estas revistas. Dio muchas conferencias en institutos nacionales, colegios, sindicatos, cooperativas, partidos políticos, etc. También fue miembro de la junta de directores de la UCA. Reunió a una serie de abogados para elaborar el *curriculum* de la carrera de derecho. Desde 1984 dirigió el proyecto de investigación sobre los desplazados y refugiados. Cuando lo mataron era director del Instituto de Derechos Humanos de la UCA y estaba preparando el programa de maestría en sociología.

El P. Segundo Montes derrochaba energía en todo lo que hacía. Era muy fogoso y lanzado. La casa del noviciado de Santa Tecla le venía estrecha. Cuando jugaba fútbol en el pequeño campo interior mandaba la pelota al vecindario o al tejado, rompiendo las tejas. Después tenía que aguantar la corrección fraterna. El P. Miguel

Elizondo, su maestro de novicios, sabía que tenía buenas espaldas y lo corregía duramente. El P. Segundo Montes aceptaba con humildad las críticas y no guardaba resentimientos, pero le costaba corregirse porque tenía mucha fuerza y volvía a las mismas de antes.

Le gustaban las clases grandes y llenas a rebosar de alumnos. Disfrutaba describiendo cómo los alumnos no habían encontrado puesto. Su aula preferida, pese a no reunir condiciones muy pedagógicas, era el auditorio, donde dio varios cursos. Le encantaba hablar desde el escenario con el micrófono en la mano. Era buen profesor. Impactaba a sus temerosos alumnos, quienes lo seguían admirados desde abajo. Lo mismo disfrutaba cuando tenía la iglesia llena o una larga fila de personas que querían confesarse con él. Las fiestas parroquiales (primeras comuniones, semana santa, navidad) las gozaba en medio de las alegrías de la gente y de los niños. Todos los fines de año compraba pólvora para quemarla a las doce de la noche del 31 de diciembre.

Al final tuvo una casa con un patio enorme. El se hizo cargo de dirigir la construcción de la nueva residencia universitaria, él puso las hamacas y consiguió las mecedoras para la inmensa sala de estar que apenas si tuvo tiempo de estrenar. En el patio puso una huerta que ya había dado los primeros rábanos y lechugas. Sembró árboles frutales y todos los días inspeccionaba su desarrollo.

Era práctico, le gustaba armar y desarmar. Reparaba todo lo que se descomponía. Pocos días antes de que lo asesinaran se subió al techo de la casa para conectar los cables internos del teléfono. Sus conocimientos de física le facilitaron su andar por la casa arreglando desperfectos. Era de los primeros en levantarse cuando estallaban las bombas en la casa o en la universidad. Una de ellas estalló en la pared exterior de su cuarto, prácticamente a los pies de su cama. En estos casos era el primero en hacerse cargo de la situación. Por todo esto, el Padre General lo nombró superior de la comunidad en 1984. A él le hacía mucha ilusión que el nombramiento hubiera sido direc-

tamente por el Padre General. Como superior se preocupó por la comodidad de cada uno de los miembros de su comunidad. Practicó el principio evangélico que mandar es servir. El P. Montes era tajante en sus afirmaciones y con frecuencia exagerado. Al comienzo asustaba, pero tenía un gran corazón y sabía dar afecto y cariño. Era muy leal y buen compañero.

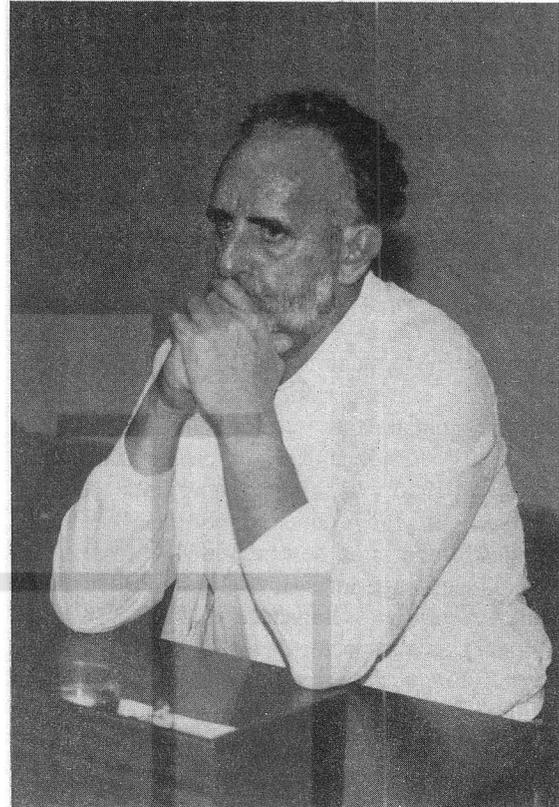
Fue un escritor prolífico. Escribió muchos artículos y libros. Su inacabable actividad investigadora y su pluma incansable estaban muy de acuerdo con su manera de ser. Desde 1982 escribía por lo menos un libro al año, cuando no dos. Escribía con entusiasmo y optimismo. Los datos de sus escritos los sacaba de las estadísticas y de las encuestas que hacía con la colaboración de sus estudiantes de sociología. Sus temas preferidos fueron la educación, cuando aún trabajaba en el Colegio Externado; las relaciones y estructuras sociales del país; los militares, que era un tema que lo apasionaba y en el cual se consideraba un especialista; los refugiados y desplazados, a quienes buscó por todo el país, en Honduras y Nicaragua e incluso en Estados Unidos; y los derechos humanos. De hecho, fue el primero en prestar atención seria a estos problemas y el primero en investigar el paradero y las condiciones de vida de estos salvadoreños. Esta búsqueda científica y humanitaria lo llevó hasta los extremos del departamento de Morazán y a los campamentos de Honduras. Cuando regresaba venía cargado de anécdotas y de admiración por el talante de la gente; también solía regresar con artesanías hechas por los mismos refugiados o desplazados o con fruta comprada junto al puente del río Lempa o pescado del mismo río.

Su trabajo científico sobre los desplazados y refugiados y los derechos humanos lo dieron a conocer en la comunidad internacional. Entonces comenzó a recibir invitaciones para dar conferencias en Estados Unidos. En ellas denunció la situación de los desplazados y refugiados y las violaciones a los derechos humanos. En la televisión nacional fue apareciendo cada vez con más frecuencia hablando de estos temas. Varias

veces fue a Washington a testificar ante los comités del Congreso para defender los derechos de los refugiados salvadoreños en Estados Unidos. Su último viaje fue a Washington, a principios de noviembre, donde, en una de las salas del Congreso, CARECEN (organización asistencial para ayudar a los refugiados) le dio un premio a él y a WOLA por defender los derechos de los salvadoreños.

Desde principios de la década de 1980, el P. Segundo Montes dedicó una parte de sus fines de semana a atender sacerdotalmente parroquias suburbanas sin párroco. Primero estuvo en Calle Real y luego, desde 1984, en la colonia Quezaltepeque de Santa Tecla. El P. Montes se supo ganar el cariño de la gente por su generosidad y su trato cercano. Hizo partícipes a los vecinos de la colonia Quezaltepeque de sus experiencias con los salvadoreños más pobres. Disfrutaba relatándoles sus visitas a las repoblaciones, a los campamentos de Honduras, sus viajes a Estados Unidos o al oriente del país; les contaba, por ejemplo, cómo había tenido que decir misa bajo las balas en Perquín. Evangelizó con el ejemplo de otros más pobres. En una de sus últimas homilías les contó en detalle el régimen comunitario en el cual vivían los refugiados en los campamentos de Honduras. Cuando lo mataron estaba con la iglesia de la colonia a medio construir. Como la colonia no tenía templo, desde el comienzo se empeñó en construir uno con la ayuda de la gente y de sus relaciones. Cuando el P. Segundo Montes comenzó a llegar a la colonia Quezaltepeque no les garantizó su permanencia; pero se fue quedando. La gente le ganó el corazón con la fiesta de cumpleaños que le celebraron la primera vez. En su último cumpleaños lo conmovieron hasta las lágrimas cuando le regalaron una bonita mecedora.

La gente recuerda mucho su semblante. Barba rubia, tez encendida y ojos azules. En la UCA lo llamaban Zeus. Pero los niños no le tenían miedo. Se le acercaban y ponían sus caritas sobre sus barbas. La gente dice que sus ojos cambiaban al levantar el cáliz, se los veían azules, luego amarillos, luego verdes..., según los cambiara de



dirección. Una anciana dice que veían a "Chacha Chús" (Tata Chús) como dicen los niños o a san José. "Era un padre consentidor," dicen otros, pero claro en sus principios y tajante en sus afirmaciones. En los últimos meses llevaba encima el gran dolor de haber perdido a un su único hermano varón (Santiago, quien también fue profesor en la UCA a comienzos de la década de 1970) con quien se sentía muy unido.

El domingo 12 de noviembre ya no pudo ir a la colonia por la ofensiva. Ese día le iban a entregar un pergamino de reconocimiento porque la comunidad quería demostrarle su orgullo y amistad por el premio que le habían dado en Washington. La comunidad se identificó con su trabajo por los más pobres y se lo quería decir públicamente. El domingo 19 tampoco llegó. Ya no volvió a la colonia. Ahora vive para siempre en la comunidad, en los estudiantes y en los profesores de la UCA y en sus amigos.

## 4. El P. Amando López (1936-1989)

El P. Amando López nació en Cubo de Bureba, Burgos, el 6 de febrero de 1936. Sus primeros estudios los hizo ahí mismo, pero la secundaria la hizo en Javier. El 7 de septiembre de 1952 entró en el noviciado de la Compañía de Jesús de Orduña, donde estuvo un año. Después, a él también lo enviaron sus superiores a hacer su segundo año de noviciado a Santa Tecla. En 1954, siguiendo el curso de la formación de los jesuitas de Centroamérica, sus superiores lo enviaron a Quito a estudiar humanidades clásicas y filosofía en la Universidad Católica. La licencia en filosofía la obtuvo en 1956 y la de filosofía tres años después, en 1959. En 1957 obtuvo la licencia en humanidades y dos años después, la de filosofía. En seguida sus superiores lo mandaron al Colegio Centro América de Granada, donde fue profesor de matemáticas e inspector de los internos entre 1959 y 1962. Entonces, sus superiores lo enviaron a la facultad de teología de Miltown, en Dublín, donde sacó la licencia en teología cuatro años más tarde. Fue ordenado sacerdote en Dublín, el 29 de julio de 1965. En 1967 y 1968 estuvo en la Universidad Gregoriana de Roma haciendo cursos de doctorado, pero el título lo sacó en Ciencias religiosas en la Universidad de Strasburgo (Francia) en 1971.

Al terminar los requisitos académicos del doctorado, el P. Amando López regresó de nuevo a San Salvador, en agosto de 1970. Sus superiores lo trajeron para dar clases de teología en el Seminario San José de la Montaña. En sus clases de teología fundamental y dogma introdujo en el seminario las nuevas ideas teológicas. Su trato fácil, su sonrisa pronta y su gran humanismo le permitieron ser aceptado rápidamente por los seminaristas. Jugaba fútbol con ellos después de almuerzo. A finales de 1970, cuando los obispos no aceptaron los dos candidatos para rector presentados por los superiores de la Compañía de Jesús, los padres Ladislao Segura y Rutilio Grande, aquéllos presentaron al P. Amando López, doctor en teología y sin ningún antecedente negativo para el episcopado salvadoreño. Así llegó el P. Amando López a

ser rector del seminario a los pocos meses de haber llegado a San Salvador.

Dirigió el seminario en los dos años más turbulentos de su historia que culminaron con la salida de la Compañía de Jesús de la obra en 1972. El P. Amando López se preocupó por elevar el nivel académico de los estudios, por el bienestar material de los seminaristas y por tratarlos como personas adultas, no como niños o menores de edad. Peleó con la conferencia episcopal por la teología que debía enseñarse y por los profesores más idóneos para hacerlo; después de largas y amargas discusiones consiguió que los obispos aumentaran el presupuesto para la alimentación de los seminaristas y, por lo tanto, logró hacer algunas mejoras; luchó para que los seminaristas fueran tratados como personas adultas y los defendió ante algunas pretensiones injustas de sus obispos. Abrió el seminario a todos los sacerdotes. Fue consejero y amigo de muchos de ellos. Los visitaba en sus parroquias y los sacaba de problemas, como cuando arriesgó su vida para sacar de la parroquia de Suchitoto al P. Inocencio Alas, a quien le habían ametrallado la casa cural. El P. Alas encontró refugio en el seminario. Defendió sus intereses ante los obispos. Aquellos fueron dos años muy intensos que el P. Amando López llevó bien, apoyado en la amistad y confianza de Mons. Rivera.

Los seminaristas ya habían adquirido conciencia de las estructuras injustas de la sociedad salvadoreña y de la connivencia de algunos miembros de la jerarquía con ella. Los seminaristas protestaron. El P. Amando López los defendió ante las represalias que los obispos querían tomar. Entonces, la mayoría de los obispos de la conferencia episcopal comenzaron a mostrarse descontentos con la gestión del nuevo rector y decidieron quitar a la Compañía de Jesús la dirección del seminario. La forma cómo se llevó la entrega y cierre del seminario minó la salud del P. Amando López. Pasó unos meses bastante difíciles en una de las residencias universitarias, de la cual lo hicieron

superior. En 1973 y 1974 fue profesor de filosofía de la UCA.

En 1975, los superiores de la Compañía de Jesús lo nombraron superior del Colegio Centro América de Managua. En Nicaragua había dejado muchas amistades con las cuales se reencontró. Pero las circunstancias habían cambiado mucho, pues llegó a Nicaragua en los últimos años de la dictadura somocista. Aglutinó a los padres de familia y a los profesores del colegio. Buscaba a las personas cuando sabían que estaban en dificultades. Entre broma y broma las consolaba y animaba. Lo buscaban mucho como consejero, pues sabían que era libre para expresar su opinión, ya que no quería quedar bien con quien le consultaba, que no se sujetaba a recetas y sobre todo porque sabía ser muy discreto. Por eso, el P. Amando López llegó a ser depositario de muchísima información, la cual le ayudaba, a su vez, para aconsejar con más realismo a la gente en medio de los peligros de la guerra.

En los momentos más duros del bombardeo de Somoza abrió el colegio a las familias necesitadas. En la casa de la comunidad mantuvo a familiares de los profesores y de los jesuitas. Siempre estaba dispuesto a ayudar y, de hecho, protegió a quien lo necesitó. Primero escondió y ayudó a muchos sandinistas en apuros, pero también a algunos somocistas después del triunfo revolucionario. Lo mismo hizo en San Salvador en 1972, cuando escondió a algún demócrata cristiano perseguido en el seminario. Arriesgó su vida para sacar a un jesuita de Estelí bajo las balas. Colaboró con la Cruz Roja sacando heridos de zonas conflictivas. En los primeros días de la ofensiva de noviembre estuvo recordando estos momentos difíciles con un puro y una enorme sonrisa.

En 1979, después del triunfo revolucionario nicaragüense fue nombrado rector de la UCA de Managua, a cuya junta de directores pertenecía. Trató de echar a andar la universidad y de adaptarla a la nueva situación revolucionaria. Varias veces intervino públicamente para explicar cuál era el papel de la universidad y de la educación después del triunfo sandinista. En estos



años fue el jesuita que, sin estar en el gobierno, mantuvo las mejores relaciones con el FSLN. Por su prestigio y sus cualidades personales, el gobierno lo nombró miembro de la Comisión de Derechos Humanos; como tal investigó todas las denuncias presentadas y viajó por todo el país, y cuando encontró situaciones injustas las denunció claramente. El P. Amando López fue una de las víctimas de la división dentro de la Iglesia y la Compañía de Jesús y del conflicto entre la Iglesia y el Estado nicaragüense. Roma le mandó un visitador de improviso. Lo recibió con calma y humor, no obstante que la universidad no es de la Compañía de Jesús ni de la Iglesia. En 1983 dejó la rectoría por indicación de sus superiores.

También lo quitaron de encargado de la formación de los estudiantes jesuitas. Sólo duró dos años en el cargo. Lo nombraron en 1981 y al año siguiente lo quitaron. Sus superiores pensaron que no era el hombre adecuado. El se reía con humor y sin complejo, pues no se consideró incapaz. Las líneas de la formación de los estudiantes jesuitas iban por otros rumbos.

Durante estos años, el P. Amando López asesoró espiritualmente a un grupo de nicaragüenses autollamados "Cristianos en la revolución," en el cual había ministros y funcionarios intermedios del gobierno revolucionario. La mayoría de ellos eran cristianos de clase media que querían vivir su compromiso de fe trabajando dentro del proceso revolucionario. Cuando éstos se desanimaban por la dirección de la línea revolucionaria del FSLN, el P. Amando López les recordaba que la revolución era para los pobres y que ellos no lo eran, que los cambios no se podían hacer poniendo parches, sino ropas nuevas, tal como decía el evangelio.

Al dejar la dirección de la UCA de Managua, el P. Amando López se tomó un año sabático en la facultad de teología san Francisco de Borja, en Sant Cugat (Barcelona). A finales de 1984 volvió a San Salvador ya para siempre. Fue profesor de filosofía y teología, y coordinador de la carrera de filosofía. Primero vivió en una de las comunidades de estudiantes jesuitas, pero después, a finales de 1988, se pasó a la residencia universitaria donde lo encontraron sus asesinos. El P. Amando López se dedicó a la docencia y a leer. Preparaba mucho sus clases y sus homilias dominicales en Tierra Virgen. Siempre estaba preguntando qué libro nuevo había. Estaba al día en teología moral fundamental, en ética y en teología sistemática. En los últimos meses leyó mucha historia de la Iglesia y de la teología. En su predicación dominical llevaba un plan sistemático que iba desarrollando concienzudamente. Sus amigos nicaragüenses se quejaron porque, según ellos, el P. Amando López no estaba haciendo nada en San Salvador. El, por su parte, notaba la falta de aquellas relaciones, pero no estaba molesto.

En el último año, el P. Amando López atendió sacerdotalmente a la comunidad de Tierra Virgen, en las afueras de Soyapango. En sus eucaristías daba gran participación a la gente, dejándola que se expresara. Disfrutaba conversando con los miembros de la comunidad, por ejemplo, con quienes lo llevaban y lo traían los domingos. Le gustaba que los sacerdotes que visitaban la

universidad presidieran la eucaristía y predicaran en su comunidad. En poco tiempo se ganó a la gente con su alegría y su cariño.

Pese a que sabía mucho, el P. Amando López era lento hablando y eso hacía sus clases pesadas y aburridas. El lo sabía, pero no se asustaba ante su limitación. Siempre estuvo abierto a las sugerencias y cambiaba de rumbo cuando podía. Cuando predicaba era otra cosa, se sentía más a gusto y más seguro; entonces, se soltaba y captaba la atención de su auditorio. Siempre tuvo tiempo para escuchar a alumnos y profesores, entre quienes ejerció su carisma. El P. Amando López no tenía el carisma académico ni el de la docencia ni el del escritor. Le costaba muchísimo escribir. De hecho, colaboró con *ECA* y la *Revista Latinoamericana de Teología* haciendo recensiones de los libros que se recibían, de esta forma se mantenía al día también. Son una excepción los dos comentarios que hizo sobre varios documentos pontificios a petición del P. Ellacuría. El primero de estos comentarios ya ha aparecido en la edición de octubre de *ECA*. El segundo comentario aparece en esta edición. De todos modos, el P. Amando López se minusvaloraba.

Su gran carisma era el don del consejo y del animar. Tenía una disponibilidad natural para escuchar, un corazón grande para acoger y una risa contagiosa para animar. Su figura era bonachona, con la pipa o el puro. Era buen amigo y un gran compañero. Le gustaba gastar bromas, se metía con todos, sobre todo con los más serios y graves. Tenía la manía de tocar y hacer cosquillas. Su presencia fácilmente hacía olvidar las tensiones y los disgustos. También le gustaba que se metieran con él. En broma le decían "el cerrón grande" porque había cerrado el seminario y porque lo habían quitado de todos los cargos de gobierno que había tenido, incluso lo quitaron de espiritual de una comunidad de estudiantes sin decírselo previamente. Pero él se reía de todo esto y de sí mismo. Pocas veces perdió la calma. En las primeras noches de la ofensiva, antes que lo mataran, dormía profundamente en medio de los ruidos infernales de la guerra. Tampoco perdió el

apetito, de tal manera que hasta el final mantuvo una dieta balanceada, es decir, comía de todo un poco, pero sin exagerar en nada, tal como decía muerto de risa, exasperando a los otros miembros más graves y serios de su comunidad.

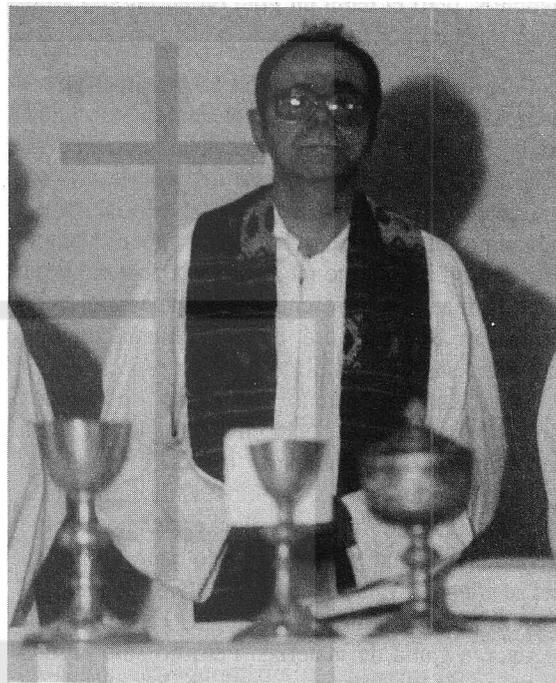
El P. Amando López fue un gran amigo y un buen compañero. ¿Qué más se puede pedir en medio de tanta oscuridad? La ternura de su amistad y la alegría de su risa vive entre quienes tuvimos el privilegio de gozarlas.

## 5. El P. Juan Ramón Moreno (1933-1989)

Nació en Villatuerta, Navarra, el 29 de agosto de 1933. Sus primeros estudios los hizo en Bilbao, entre 1938 y 1943. El 14 de septiembre de 1950 entró al noviciado de la Compañía de Jesús de Orduña. A mediados de 1951 llegó a Santa Tecla para terminar su noviciado. Era tan tímido que el P. Elizondo lo ponía a hablar contra la pared para que se le soltara la lengua. Se jactaba de ser muy "secular" y se reía, cuando le tomaban el pelo, de quienes venían de apostólicas, seminarios y ambientes cerrados. Se sentía orgulloso de haber estudiado en el Colegio de Indaicho, dirigido por los jesuitas de Bilbao. La vida, sin embargo, lo fue llevando hacia los terrenos de la espiritualidad y, por lo tanto, su público principal fueron los sacerdotes, los religiosos y las religiosas y los seminaristas. Fue ordenado sacerdote en Saint Mary's, Kansas, el 14 de junio de 1964 e hizo profesión solemne en la Compañía de Jesús el 2 de febrero de 1968, en San Salvador.

No hizo estudios especiales, como la mayoría de sus compañeros mártires, ni sacó postgrado alguno. El P. Juan Ramón Moreno se quedó sólo con su licenciatura en humanidades clásicas de la Universidad Católica (1955), con la de filosofía, obtenida en la misma universidad en 1958 y con la de teología, obtenida en Saint Louis Missouri en 1965. El P. Moreno era muy inteligente y capaz, preciso y profundo, aunque no muy creativo. No hizo estudios especiales porque sus superiores no le dieron esa oportunidad. Si bien en el trato personal siempre fue tímido y algo brusco, cuando tomaba la palabra se iba entusiasmado y hablaba convencido de lo que decía, adoptando un tono muy exhortativo, aunque sólo lo estuvieran oyendo tres personas.

En 1958, al terminar sus estudios de filosofía



en Quito, fue enviado por sus superiores al Colegio Centro América de Granada, donde fue profesor de química e inspector de los internos más pequeños del colegio. El P. Juan Ramón Moreno era un apasionado de lo que hacía y se dedicó a la química por completo. Sus alumnos lo conocían por Hipoclorito. Más tarde abandonó la química y también la biología que le gustaba mucho, pero siempre se interesó en las ciencias. En la UCA fue profesor de visiones científicas entre 1971 y 1974. Cuando lo mataron era un experto en computadoras. Había aprendido solo, ayudado de los manuales y armado de inacabable paciencia y tenacidad. Pasaba horas aprendiendo a manejar los programas hasta que los dominaba y los hacía rendir. Le gustaba enseñar a otros también. Donde

había un equipo o un programa nuevo, ahí se presentaba para conocerlo y estudiarlo, y en el caso de los programas, para copiarlos. Mecanizó la catalogación de los miles de volúmenes de la biblioteca del Centro de Reflexión Teológica y la administración de la oficina del padre provincial. Aparentemente era muy desordenado; su mesa de trabajo y su cuarto siempre estuvieron bastantes revueltos, pero él tenía un gran orden interno y un gusto especial por lo exacto.

Pero las ciencias no fueron lo principal en su vida. Al terminar sus estudios de teología en Saint Louis, en 1966, sus superiores le dijeron que se especializara en ciencias, pero después le dijeron que estudiara dogma porque en el seminario no había profesor de esta materia; poco tiempo después le dijeron que mejor estudiara moral y, al final, le mandaron presentarse de inmediato en el Seminario de San José de la Montaña de San Salvador, suspendiendo los estudios especiales. El P. Juan Ramón Moreno fue traído de Estados Unidos para ayudar a poner en marcha los estudios de bachillerato del seminario menor, del cual fue nombrado prefecto de estudios y disciplina. De esta manera, no hizo estudios especiales y fue enviado a enseñar y a servir como padre espiritual del seminario. Enseñó historia, cívica, matemáticas, inglés, geografía y biología, es decir, una verdadera gama de materias. Pero no sólo enseñó materias de bachillerato, también les enseñó el ministerio sacerdotal saliendo con ellos por los pueblos del país a celebrar la semana santa y a predicar misiones. En el P. Juan Ramón Moreno siempre hubo una veta de misionero popular y de párroco de pueblo.

Cuando lo mataron era un especialista en moral especial. Estaba al día en los problemas planteados a la moral cristiana por la biotecnología. Fue profesor de teología fundamental, de moral especial y de teología sistemática. Siempre se quejó porque no tenía tiempo suficiente para estudiar y preparar mejor sus clases. La coordinación del profesorado de ciencias religiosas y morales y la administración del Centro Monseñor Romero, del cual era subdirector, le consumían mucho tiempo.

En 1969, cuando la provincia necesitaba urgentemente un maestro de novicios para el noviciado de Santa Tecla, los superiores se fijaron en él. Lo sacaron del seminario menor y lo mandaron a Roma para que tomara algunos cursos en espiritualidad ignaciana. Regresó a Santa Tecla en 1970 y fue nombrado maestro de novicios. Inauguró un nuevo estilo de noviciado, según las nuevas directrices de la Congregación General XXXI y los documentos del P. Pedro Arrupe. Fue un trabajo duro y angustioso porque quería mantener un equilibrio sano entre la tradición de la Compañía de Jesús y las nuevas directrices. Le resultaba difícil a veces distinguir entre lo tradicional que había que conservar y las meras formas. Había muchas cosas que cambiar, pero no sabía hasta dónde debía llegar. En ese entonces, además de maestro de novicios fue profesor del seminario, espiritual de algunos seminaristas, profesor de la UCA e incluso llegó a ser rector del Colegio Externado por breve tiempo. En realidad, los superiores lo mandaron a calmar los ánimos de todos aquellos que estaban comprometidos en la crisis del colegio. En los momentos más difíciles, el P. Amando López llegaba al noviciado con una botella de cognac y un par de puros para animarlo. Al final, después de cinco años de ser maestro de novicios, casi todos los novicios suyos abandonaron la Compañía de Jesús por una u otra razón.

Al dejar el cargo de maestro de novicios en 1974, fue a Roma a hacer un año sabático. Estuvo dos años, tomó algunos cursos en la Universidad Gregoriana y fue padre espiritual del Pío Latinoamericano. En 1976, sus superiores lo enviaron a Panamá, donde fundó el Centro Ignaciano de Centroamérica para promover la espiritualidad ignaciana y los ejercicios espirituales. Fue director del Centro Ignaciano de 1976 a 1980. Lo dotó con una biblioteca bastante completa y muy bien clasificada y ordenada, y fundó la revista *Diakonía* para difundir la teología de la liberación y sobre todo la teología espiritual. El casi no escribió nada: cuatro artículos, dos en 1978, uno en 1979 y el cuarto en 1984. Sin embargo, estaba al día, condensaba, resumía y traducía cuando era necesario, y, luego, reproducía. *Diakonía* ha prestado

un gran servicio a los religiosos centroamericanos y panameños. En 1980, cuando sus superiores lo destinaron a Managua, se trasladó con todo y el Centro Ignaciano, incluida la biblioteca. En la UCA de Managua le dieron un pequeño local que pronto le resultó estrecho e insuficiente. Entonces construyó uno más adecuado a las necesidades del Centro Ignaciano y *Diakonía*. Fue miembro de la junta de directores de la universidad, director del Instituto de Ciencias Religiosas y superior de la comunidad universitaria entre 1980 y 1982.

Cuando el P. Juan Ramón Moreno regresó a la provincia de Roma se dedicó a promover y a dar ejercicios espirituales, sobre todo a los religiosos y religiosas; fue profesor del noviciado que en ese entonces ya estaba en Panamá; se distinguió por su buen juicio y por eso fue consejero de varios provinciales. Dio varias tandas de ejercicios a los diferentes cleros centroamericanos. Fue presidente de las conferencias de religiosos de Panamá y Nicaragua. En sus conferencias, clases y ejercicios era muy dinámico y serio. Su palabra era fogosa, pero su expresión no hería porque sabía motivar el compromiso con la justicia desde la fe. Daba confianza a quienes no eran muy radicales. Dentro de la provincia jesuítica, los sectores más conservadores se consideraban bien representados por él. Gozaba de un público muy amplio. Varias veces dio ejercicios espirituales al grupo de cristianos nicaragüenses más comprometidos con el proceso revolucionario. A comienzos de 1989 habló ante más de cuatro mil religiosas de una congregación canadiense. Cuando lo mataron estaba preparando una serie de conferencias para más de mil religiosas de otra congregación que se iban a reunir en Houston en enero de 1990.

A principios de 1980 participó en la campaña de alfabetización de Nicaragua. Le tocó dirigir a un grupo de estudiantes en el pueblo de Santa Lucía, en el departamento de Boaco. Desde entonces quedó prendado de este pequeño pueblecito y de su gente. Una de las cosas que más le gustaba era pescar en el río que pasaba en las proximidades. Mientras estuvo en Nicaragua buscaba pretextos para escaparse del Centro Ignaciano e

irse a Santa Lucía. Cuando se vino para El Salvador siempre tuvo como punto de referencia a este pueblo; si viajaba a Managua se escapaba a Santa Lucía y a veces se iba a pasar vacaciones ahí.

En 1985, sus superiores lo trajeron a San Salvador para que ayudara en la docencia de teología y para organizar la biblioteca del Centro de Reflexión Teológica. Al poco tiempo reunió en una sola biblioteca los mejores libros de teología y de espiritualidad de las diversas casas del país, los catalogó y los ordenó cuidadosamente. Más tarde, mecanizó el catálogo de la biblioteca. Supervisó la construcción del nuevo edificio del Centro Monseñor Romero. Fue secretario del padre provincial, encargado de los archivos de la provincia y de publicar las noticias de los jesuitas centroamericanos.

Los domingos decía dos misas matutinas en la iglesia del Carmen de Santa Tecla. Sus encendidas homilías eran famosas. Pero eso no le satisfacía. Cuando lo trajeron a San Salvador pidió al padre provincial que después de organizar la biblioteca del Centro de Reflexión Teológica lo dejara hacerse cargo de una parroquia rural. Su ilusión fue ser párroco rural y venir a San Salvador a dar sus clases de teología. Pero pasó el tiempo y se fue quedando en la ciudad y en la UCA, las responsabilidades administrativas lo retuvieron y ahí lo encontraron sus asesinos.

A diferencia de sus otros compañeros, no echó raíces muy profundas en ningún lado. No tenía muchos amigos fuera de la comunidad, en parte por timidez, en parte porque no trabajó mucho tiempo en un mismo país. Sin embargo, constantemente estaba recibiendo invitaciones para dar ejercicios espirituales. No le faltaban religiosos quienes lo buscaban para pedirle consejo. A finales de noviembre iba a dar ejercicios espirituales al clero de Chalatenango.

Su palabra encendida, su sabio consejo y su pasión por predicar el reino de Dios han quedado esparcidos por toda Centroamérica. Ahora corresponde esperar que esa semilla fructifique.

## 6. El P. Joaquín López y López (1918-1989)

El P. López nació en Chalchuapa, el 16 de agosto de 1918, pero él contaba riéndose que esa no era la fecha exacta de su nacimiento. Hizo sus primeros estudios en Santa Ana. Pero se apartó de su familia muy pronto y terminó sus estudios de bachillerato en la apostólica que había junto a la residencia del Carmen, en Santa Tecla, en 1938. En ese año entró al noviciado de la Compañía de Jesús de El Paso, Texas. En ese entonces todavía no había noviciado en Centroamérica. El Padre López fue enviado a formarse con los jesuitas mexicanos, quienes tenían su centro de formación en dicha ciudad norteamericana. Ahí mismo estudió humanidades clásicas (1940-1943) y filosofía (1943-1946), obteniendo ambas licenciaturas. Comenzó sus estudios de teología en Saint Mary's, Kansas, en 1949, pero en 1951 fue enviado a Oña, donde los terminó. Ahí fue ordenado sacerdote en 1952 e hizo profesión solemne en la Compañía de Jesús en 1956. El P. López, además, hizo estudios de ascética en la Universidad de Comillas en 1954 y 1955.

La vida apostólica del P. López transcurrió entre el Colegio Externado y Fe y Alegría. Llegó al colegio por primera vez en 1947, donde fue profesor e inspector hasta 1949. En 1957 volvió al colegio, donde fue profesor y espiritual. Dos años más tarde organizó el catecismo intercolegial, del cual fue director. El P. López supo estimular a los estudiantes de ambos sexos de distintos colegios de San Salvador para dar clases de catecismo en los barrios pobres los fines de semana. Con unos ochocientos jóvenes daba catecismo a unos 20 mil niños de las colonias marginadas de San Salvador. En 1961, sus superiores lo nombraron director de la construcción de la capilla del colegio. En 1964 trabajó en la campaña para conseguir la aprobación de la ley de universidades privadas con la cual la UCA podría comenzar a existir. Recordaba con gusto esos años. Era uno de los pocos temas en los que se explayaba. Desde el Colegio Externado y con la Federación Nacional de Padres de Familia organizó la recolección de fondos y el apoyo social

para la aprobación de la ley antes mencionada. Se reía recordando quiénes le ayudaron y quiénes no querían apoyar la ley. Hasta el último minuto estuvo haciendo gestiones para conseguir los votos necesarios en la asamblea legislativa. Cuando se fundó la UCA estuvo trabajando en ella un tiempo. Durante muchos años firmó como secretario de la Facultad de Ciencias del Hombre y la Naturaleza.

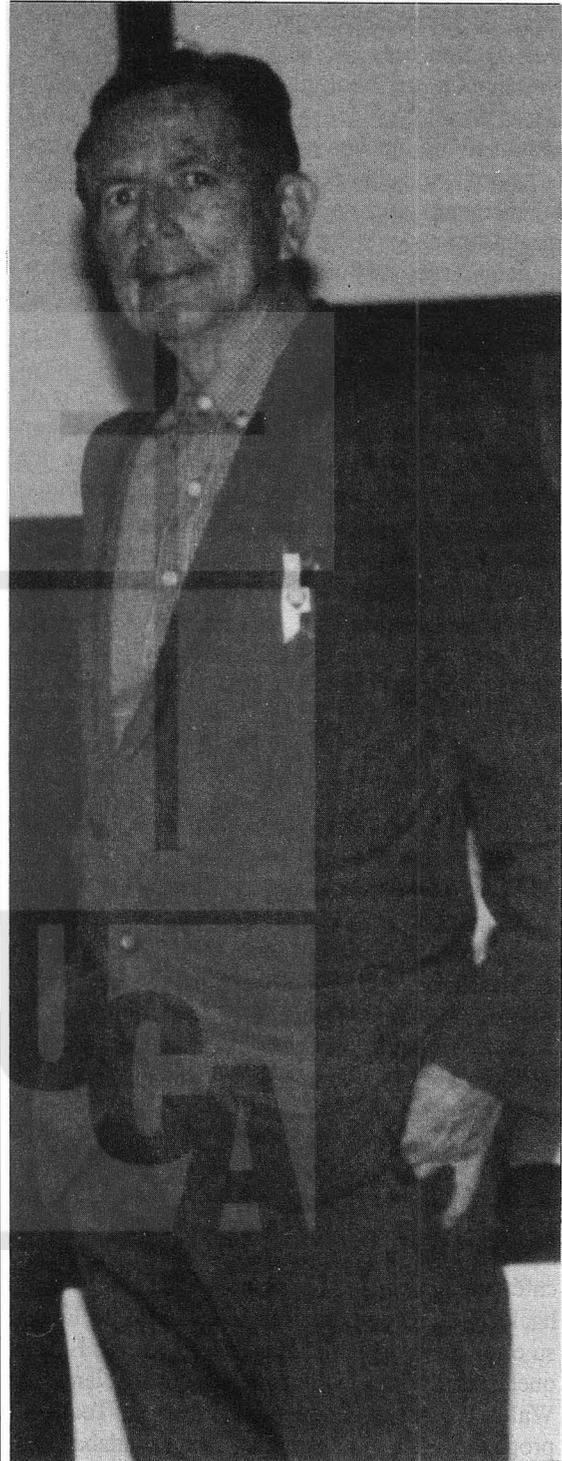
El P. López siempre se consideró parte de la comunidad universitaria. Más aún, no quiso cambiar de comunidad cuando hubo oportunidad para hacerlo. Se quiso quedar en ella hasta el final. Se consideraba parte de la UCA y lo demostraba contando detalladamente la batalla legal de su fundación. Siempre estuvo al tanto de la marcha de la universidad y de sus problemas. Preguntaba con interés por los asuntos y las personas. Pidió y se le dio ayuda para sus proyectos de Fe y Alegría. La comunidad universitaria siempre lo consideró con cariño un miembro distinguido. Cuando se enfermó seriamente, el superior le ofreció cambiar de comunidad para que estuviera mejor atendido, pero él se negó rotundamente.

En 1969, con la ayuda de un grupo de señoras consiguió dinero y con un préstamo que hizo a un banco fundó Fe y Alegría. Abrió dos talleres de carpintería en el barrio Santa Anita, puso uno de corte y confección en La Chacra y estableció tres escuelas primarias, una la colonia Morazán, otra en Acajutla y la tercera en San Miguel. El P. López fue director de Fe y Alegría hasta su muerte. Para el P. López, Fe y Alegría con sus treinta centros educativos en ocho departamentos y con sus 48 mil beneficiarios entre niños, jóvenes y adultos fue considerada por él como la solución inmediata a uno de los problemas más agudos de El Salvador, la falta de educación. No negaba la importancia de los cambios estructurales, pero consideraba que las necesidades de la gente eran de ahora y no podían esperar. Cuando tenía que dar alguna charla sobre la situación de El Salvador se documentaba leyendo las últimas publicaciones de la UCA. Poco

antes que lo mataran dedicó varias noches a preparar lo que dijo sobre El Salvador en la reunión anual de Fe y Alegría en Quito. En esta ocasión leyó con cuidado la edición de *ECA* dedicada a los cien primeros días del gobierno de ARENA.

El 31 de octubre, el P. López dirigió la palabra a los representantes de Fe y Alegría Internacional reunidos en el XX Congreso Internacional, en Quito. Les dijo que lo que más le impresionaba era la altura y el espacio, "por eso decimos: ¡salvadoreños, de pie! ¿Por qué? Porque de otra manera no cabemos..." Y continuó diciendo, "la superpoblación y la mala distribución de la riqueza con aquellos de que hay unos pocos que tienen mucho y otros muchos que tienen poco, con esas injusticias... se ha venido generando o se vino generando algo incontenible: la guerra. Tenemos diez años de estar en guerra; unos 70 mil muertos por la violencia. No como otra gentecita del pueblo que dice por casualidad: pues sí, él murió de Dios, mi papá murió de Dios, como contraposición a tanta muerte violenta que participa ahora nuestra pobre gente." En su opinión la guerra había sido inevitable y se vio venir, pero "ahora, después de diez años, todo el mundo está como reaccionando, ya estamos cansados, no vamos a ningún sitio con tanta muerte. Están reaccionando, está reaccionando el gobierno, está reaccionando la guerrilla, está reaccionando la empresa privada. ¿Qué hacemos? Ya no miremos a nuestros intereses egoístas. Veamos qué podemos hacer por todos, por todos esos hermanos, por todo este complejo, por todas estas mayorías." Para el P. López los que no estaban reaccionando eran los militares, "sólo los que están más duros son los militares, ¿verdad? Pues seguramente porque ellos también o se aprovechan o viven de la guerra." A los ecuatorianos les aconsejó desde su propia experiencia, "ustedes que están a tiempo, ojalá, ojalá que puedan evitar esa ola, ese remolino incontenible que nos vino a nosotros a generar y a producir esa fuerza incontenible que es la guerra, con unos 25 asesinatos diarios, ¿verdad?"

Aparentemente era inmediatista, pero tenía



visión de futuro. Si tus proyectos son para cinco años siembra trigo, si tus proyecto son para diez años siembra un árbol, pero si son para cien años educa al pueblo, le gustaba repetir. Era feliz cuando veía a muchos niños alegres corriendo por los patios. No sabía decir que no, siempre trataba de encontrar una salida. Vivía endeudado; retrasaba los pagos a los bancos lo más que podía. Su única esperanza era la rifa anual en la cual le ayudaban numerosas casas comerciales con los premios. Una de las cosas que más le gustaba de la rifa era que la gente pobre se sacara los mejores premios. No le gustaba cerrar escuelas por falta de fondos. Se empeñó en intentar una y otra vez con la rifa anual; pedía donativos y prestaba en los bancos. Siempre andaba a la caza de cualquier posibilidad de conseguir dinero para poder mantener las escuelas y los talleres funcionando. Vivía al día y, por eso mismo, con la confianza puesta en Dios.

Durante toda su vida fue ejemplar por su austeridad en su vida personal y por la afición a las cosas usadas. Aunque manejó mucho dinero,

siempre fue muy desprendido. Era de pocas palabras y con frecuencia era difícil captarle lo que quería decir.

En el último año sufrió mucho. Había tenido dos operaciones quirúrgicas porque las vías urinarias no le estaban funcionando bien y le causaban terribles dolores. La enfermedad lo doblegó. Pasó noches quejándose sin poder dormir. Tampoco quería ir al médico. Al final accedió y le diagnosticaron un cáncer avanzado en la próstata. Sabía que probablemente no iba a vivir mucho, pero con gran ánimo siguió trabajando sin descanso, como si tuviera todo el tiempo disponible por delante. Sus asesinos le adelantaron la muerte varios meses.

Pero el P. López vive en miles de salvadoreños que se han beneficiado de las obras que él hizo posibles, el Colegio Externado, la UCA y Fe y Alegría. Miles de salvadoreños han sido educados o han aprendido un oficio gracias a la entrega y a los apuros económicos del P. López. Muchos lo recuerdan agradecidos por las bondades que les hizo.

## 7. Elba y Celina Ramos

Elba nació en el cantón Las Flores, jurisdicción de Santiago de María, el 5 de marzo de 1947. Su madre, Santos Ramos, era de Usulután y se dedicaba al negocio de frutas. Su padre, cuyo nombre no aparece en el acta de nacimiento, era mandador de una finca de Usulután, llamada Los Horcones.

A finales de la década de 1960 conoció a su esposo, con quien vivió hasta el 16 de noviembre de 1989. El era caporal de la hacienda El Paraíso, en Santa Tecla, y ella trabajaba como doméstica en San Salvador, pero en las temporadas de cortas de café pedía permiso y se iba a cortar café a dicha hacienda. Ella perteneció a la cuadrilla de la cual su esposo era caporal. Cuando se juntaron, Elba se quedó en la casa. Vivieron en una hacienda de Walter Liebes y Compañía, en Santa Tecla. El propietario de la hacienda los ayudaba eco-

nómicamente. En 1970, Elba y su marido abandonaron la hacienda, cuando el propietario murió en uno de los primeros secuestros.

Su esposo encontró trabajo como vigilante en la hacienda Las Minas, en Jayaque. Podía sembrar maíz y frijoles. Elba lo ayudaba en la milpa, pero ya no iba a las cortas de café. Estando en Las Minas nació Celina Mariset, el 27 de febrero de 1973. Elba y su esposo ya habían tenido dos varones, pero el primero nació muerto y el otro murió poco después de haber nacido. En 1976, en Acajutla tuvieron otro varón, quien aún vive.

A principios de 1976 se trasladaron a Acajutla buscando mejor vida. El marido de Elba consiguió trabajo en los muelles del puerto; mientras tanto, ella se dedicó a vender frutas en una pequeña tienda en el barrio Los Coquitos, un poco alejado de la playa. En Acajutla vivieron en la casa del

cuñado de Elba y, en realidad, se fueron para ese puerto porque la madre y la hermana de ella estaban allí.

En 1979 dejaron Acajutla por la violencia. La actividad del puerto disminuyó considerablemente y el marido de Elba perdió su trabajo. Se trasladaron a la colonia Las Delicias de Santa Tecla, donde alquilaron una pequeña casa, es decir, un cuarto con piso de tierra dividido en la mitad por una cortina. El marido de Elba, utilizando sus relaciones con administradores y mandadores, encontró trabajo como jardinero en una casa de la colonia San Francisco, en San Salvador. Pero en 1985, el marido de Elba se volvió a quedar sin trabajo porque la familia para la que trabajaba abandonó el país. Poco después se empleó como sereno nocturno de la colonia Acovit de Santa Tecla.

En ese mismo año de 1985, Elba comenzó a trabajar como cocinera del teologado de los jesuitas de Antiguo Cuscatlán. Consiguió este trabajo por medio de una señora encargada de cuidar el convento de la iglesia de Las Delicias. En 1989, su marido consiguió un nuevo trabajo como jardinero y vigilante de la nueva residencia universitaria. El P. Segundo Montes le ofreció el trabajo y una casa recién hecha, junto al muro de la avenida Einstein, para que atendiera el portón de la residencia. El marido de Elba y el P. Montes cuidaban de la huerta y de los árboles frutales.

Elba era una persona excepcional. Fiel, discreta, intuitiva y alegre. Sabía reconocer en las caras de los teólogos sus estados de ánimo. Sabía hablar bien cuando aconsejaba a los desanimados. Era muy sensible a las necesidades de los demás. Siempre estaba pendiente de los detalles. Era especialmente atenta con los familiares de los teólogos. Cuando éstos llegaban de visita los hacía sentirse cómodos y en confianza. Su risa alegraba

la cocina del teologado.

Celina estudió los seis años de primaria en la Escuela Luisa de Marillac, en Santa Tecla. El tercer ciclo lo hizo en el Instituto José Damián Villacorta, también en Santa Tecla. En 1989 terminó el primer año de bachillerato comercial en dicho instituto. Había obtenido una beca de mil colones junto con otras dos compañeras, pero debían obtener buenas calificaciones para poder seguir gozando de ella. Entonces dejó el equipo de basket y no entró en la banda de guerra del instituto; ambas actividades la atraían especialmente porque era muy activa. Por los estudios dejó la catequesis en Las Delicias. En realidad, estaba bastante preocupada porque había dejado dos materias pendientes. A los catorce años conoció a su novio, quien jugaba en el equipo de basket del instituto. Habían pensado casarse pronto, pero "dependiendo" de lo que dijera "la niña Elba." Pensaban comprometerse en diciembre.

El sábado 11 de noviembre, al comenzar la ofensiva, una patrulla del FMLN puso una bomba en el portón de la residencia universitaria para abrirlo. La familia de Elba vio desde dentro cuando ponían la bomba y cómo entraban al patio. La bomba quebró todos los vidrios de la casa. Como ya estaba oscuro y había comenzado la ofensiva, se quedaron tirados en el piso de la casa hasta la mañana del domingo. La noche de ese día no durmieron en la casa junto al portón porque tuvieron miedo. Durmieron en una pequeña sala que está entre el comedor y la sala de la televisión de la residencia universitaria. El miércoles 15, Elba se llevó ropa para el teologado por si no podían regresar por la tarde y tenían que quedarse a dormir ahí. Los teólogos les dijeron que se quedaran, pero ella no quiso porque no quería estar lejos de su esposo. Su fidelidad la llevó a la muerte a ella y a su hija.